

# El secuestro de Osvaldo Peña

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

El secuestro de Osvaldo Peña (por Daniel Bernardo Grimberg)

Mas alla de las necesarias escaramuzas Osvaldo plasmó una salida por esas tapias, y animado por una fuerza extraordinaria, pasó al lado de las pintadas con slogans del comercio vecino. Pese a que no se perderá en ilusorias experiencias, y se cobijará en oportunos desconocimientos, el joven Osvaldo Peña será reputado como un infeliz y se refutará a su inteligencia: ese será el dictamen unánime que provocará su decisión.

Sí, tuvo una falta de conciencia, ¿pero quien la tiene frente la vista del féretro y las procesiones de acreedores? ¿Quién nunca cumplió con la epopeya de fraguar su suerte? De acuerdo a Peña lo que rondará en el recuerdo de su futuro confinamiento será como sánscrito, cuyos sonidos son agravados por los retorcidos caracteres de sus letras. Nada de lo que vislumbrara durante esos acuciantes momentos lo afectaría, ni lo determinará como alguien cercano a la muerte. Esas crueles esperanzas nunca lo llevarían a situaciones incómodas.

Con Manuela Madariaga y Pancho Misa no tuvo altercados, sino un singular acuerdo que lo movió a pernoctar respetuosamente en la casa donde estos se instalaron. Los tres se enternecieron como fundamentales amigos y se creyeron capaces de vencer las leyes. Osvaldo ejerció una virulencia extrema (Manuela podría dar fe, o precaverse según el caso) para que ocurriera aquello, al declarar con independencia a la opinión de los otros, su aptitud de ser casi imperceptible.

En la calle se formaban cuellos de botella del tránsito y en los suelos las palomas vibraban con suavidad, como elocuentes figurines que taponaban los pasos. Éstas no tenían memoria de gloria alguna y observaban con terror a cualquier movimiento brusco. Ante Misa y Madariaga, Osvaldo clamó por ser excluido, salirse de la batalla cotidiana y dejar que se sustancien sus problemas económicos en los de su misma sangre.

Oswaldo Peña ya no quiso teatralizar ni gemir para liberarse del minucioso insomnio. Tenía que diezmar las impagas cuentas, quitarse al fin de los empalmes de ese tórrido laberinto. Un sol quieto ya empezaba a salir, y él no se turbó demasiado por haber sufrido un secuestro. Sólo se situó detrás de esa casa, ensimismado, esperando recibir una fuerte suma de sus familiares. Estos ya fueron avisado para que empujen al dinero del rescate en donde había verdes glorietas, más allá de donde la vista se expande en un curso rápido. Debían avanzar en forma tenue y con paciencia, y no hacer ni siquiera una lectura distraída del lugar.

De acuerdo a las últimas explicaciones, uno de ellos debía dejar en un tacho de basura al dinero, sin crear actitudes engañosas, tratando de asemejarse a cualquier otro asiduo caminante de ese jardín. Ya les explicaron a cuánto ascendía el monto, y que se trataba de una inexorable extorsión para que no se imprimieran furias salvajes y presuntamente justicieras sobre el cuello del pobre Oswaldo.

## II

Si bien en la trastienda, su abuelo, el multimillonario Faustino Peña quiso tejer unilateralmente un armado de precauciones, espantos de ruegos siguieron a aquello. Hubo fatigas inútiles a medida que pasaron los minutos. El padre de Oswaldo, Agustín Peña, no supo cómo definir esa irrealidad y se entregó a la mortificada contemplación del vacío, mientras su sangre bullía y lo hacía gemir de manera lastimosa. Transcurrieron varios mensajes, e hicieron algunos pedidos para modificar la catastrófica suma que exigían. Recibieron reproches porque con esos juegos tenderían a hacerle daño al cautivo.

La madre, Silvia Surriyén de Peña, no quiso regatear pero no entendió la suma que pretendían los secuestradores. Luego de añadir una serie desproporcionada de amenazas, estos hicieron la publicidad que si no accedían, irían a matarlo. En contraposición al resto de la familia, el viejo Faustino Peña entendió aquello como un abrumador chantaje (lo que también era una conspicua demostración de su falta de fe en su quinto nieto). Sin importarle lo pavorosa que sonó su alocución, dijo: "De seguro ya lo mataron".

Se había un canal de diálogo en el que participó Agustín Peña, quién hizo demandas para que Oswaldo anduviera suelto en su encierro y se le permitiera ver televisión. Qué hiciera ejercicios, tuviera comida y las disponibilidades necesarias que le garanticen un asignado horario de sueño. Según Agustín los malhechores tenían que dominar sus pasiones, y alejarse de los complicados abismos como hacían los que él conceptuaba cómo inteligentes.

Más allá de los habituales segmentos de rosas, de las flores lánguidas de las glorietas, quedó bien establecido en cuál de las trituradas bocalles

estaba el tacho en el que debían dejar el dinero, en éste (que no tendrá una marisma de basura) lo introducirían en forma correctamente apilada... y no era mucho el tiempo que contaban para hacerlo. Esa instrucción era chocante e incluía un buen número de intimidaciones.

Quién entretejió esa acabada orden se trató de Pancho Misa, quién habló desde un sitio remoto sin disfraces pero falseando la voz... con el rostro inclinado y las palabras vertidas mecánicamente, sin inflexiones. En si mismas las condiciones de ese secuestro no tuvieron gran singularidad: eran dos interlocutores grises que desplegaban en sus adentros rencores y amarguras.

### III

Osvaldo Peña fue quien sin ambigüedad estuvo dispuesto a convivir con Arriaga y Misa, con la noción salvaje de darles un diez por ciento de comisión de lo que recibirá. Era el pago justo porque ellos habían alquilado el lugar, y también por la presencia de espíritu con que manejaron la situación.

Luego Osvaldo Peña volvería a su hogar clamando por el cese o la obliteración del caos que había creado, en una mañana que podría ser soleada o lluviosa. Dirá secamente: "Aquí estoy", mientras un genuino alivio demorará legítimas discusiones. Después explicará que no retuvo imágenes visuales porque le habían vendado los ojos... y con eso se desplomarán los últimos vestigios de esa operación (que ciertamente le repugnó pero era una eventualidad necesaria). A lo sumo agregará que fue columpiado por suertes inimaginables, y que durante todo ese tiempo quedó inmóvil e impávido.

Ese autosequestro alcanzaría para vengar las estigmas que sus familiares le habían puesto, y que por tanto tiempo le hicieron sufrir. No quería recordar detalles, pero siempre le dieron un tratamiento aciago... por lo que no hizo repudios morales de las instancias de su secuestro, sino que las consideró animaciones surrealistas encaminadas al olvido.

Durante aquel interín vacío que supuestamente pasó postrado, su cuerpo nunca se hincó, ni sus movimientos se tornaron pesados, ni sus labios y mejillas tomaron otro color. Por el contrario: engulló sin dismulo los manjares que habían acumulado en la heladera, y habló cortés con Manuela en referencia a las ruedas de notificaciones que Pancho había mandado a su familia.

Durante esos diálogos le aseguró a la joven que testimoniará que su aislamiento fue inabarcable, que fue escaso el metraje del ambiente en el que lo recluyeron, y nunca vió la conformación física de sus captores. Igualmente como las cualidades sórdidas de estos no debían ser

olvidadas, escribió con su puño un mensaje en el que negó ser maltratado, afirmando que sólo escuchaba ruidos de caños en lo que en apariencia era una cocina... y había una bombita en el cielo raso que no podía ver pero sí sentir su calor. Al hacer esto golpeó su puño contra el papel fingiendo reconocer al mal que le hacían, y lamentó por no poder soltar más palabras.

Oswaldo quería que sus ricos familiares supuraran por las heridas, porque siempre creyeron que era un descarriado, un sujeto cuya vehemencia consideraban apropiado describir como locura. El joven no contuvo su pasión al ver como las cosas se sucedían de acuerdo a lo que primero había imaginado y luego calculó con excitación .

#### IV

Dentro de las uniformes espesuras de la noche, dentro de sus crecidos guiños, Pancho Misa pasó por calles envueltas en nieblas, pensando que nada era mejor que el silencio para urdir la pacificación. Su irritación superaba su tristeza y no estaba dispuesto a retroceder.

Luego todo volvería a resplandecer frente a sus airados ojos, se comunicaría con la vida con fuerza esténtorea, saldría del mutismo y lo vulgar para vencer lo preexistente. Se levantaría como una criatura feliz, alguien que tendrá una vida sin fallas. Estaba consumido por la codicia en ese instante en el que pensó que nadie le sustraerá lo poco que consiguió, ni será despojado de una milenesima parte de sus sueños. Todo lo bueno estaba por venir y no existía perplejidad a la vista.

Oswaldo Peña se había replegado en esa casa en Mataderos, en donde no tomó tumultuosas precauciones, mientras en su mente se engrandecía cómo alguien de fecunda inteligencia que nunca perseguió lo magro sino lo cuantioso. Para él, aquella inacción tan instrospectiva le conferiría mucho poder. Estaba compenetrado con ventajosas ideas y estas le causaban un benigno estremecimiento.

Por un corto período no podía dirigirse por las anchas avenidas ni discurrir sus estrategias durante encantadoras caminatas, para no ser cercado por suspiros e intratables roces visuales con otros traséuntes. No tenía más que aletargarse momentáneamente... más allá del dinero que obtendrá, lo importante radicaba en la única cosa que nadie podría comprar: su orgullo, qué estaba muy lejos de delirios económicos o juicios matemáticos.

Al rezagarse por los diferentes ángulos de esa casa, estaba venciendo la división promovida por su abuelo Faustino, quién era un personaje singular que justificaba el apelativo "el tacaño" que le había puesto su madre. Ese secuestro sería la gran obra de Oswaldo, como lo fue la

construcción de un imperio supermercadista por parte de su abuelo, en tiempos en que todo estaba por hacerse.

Por supuesto que no sufrió una brusca concusión que atenazó con hierro sus sentidos, ni sintió perforación en alguna parte de su carne, ni sus huesos dejaron de ser torres colosales para convertirse en palos desunidos. Tampoco perdió el enfoque en las maravillas que lo aguardaban, ni saturó su mente con la inconveniencia de no poder salir. Osvaldo Peña redujo esos pocos días de encierro a una ilusión que se había extendido con un ritmo cauteloso.

Osvaldo recompuso mentalmente los rasgos de su abuelo, el huraño, el avariento Faustino, un hombre de lútrosa calva, ojos brillantes, cuyos gestos desperdigaban pocos asombros y muchas solemnidades. Y se rió con energía al suponer que por la pérdida de unos pocos millones, la salud del viejo comenzaría (al fin) a deteriorarse. Claramente en sus gastos éste había mantenido un cansado estilo, y nunca extendió su mano a los posteriores representantes de su familia. ¡Con ese golpe, Osvaldo estaba quebrando al viejo tacaño!

## V

Enhebrando una apropiada caución y para mostrarse como alguien sensato, Pancho Misa determinó no afligirse por haber hecho esa anuencia despreciable... ya nada obstaría para confeccionarse un nuevo y soleado estado, porque si cumplía a rajatablas con dos o otros pormenores, de seguro su vida entraría en una fase de vientos de cola. Tal vez cometería una bajeza, pero no era lo suficientemente grande como para hacerlo empalidecer.

El joven que digitó ese secuestro con contenidas carrasperas, era alguien que se perderá de vista en el espacio. Y por sobre todo nunca justificaría las anomalías predicadas por Osvaldo Peña. Ensanchó su respiración, muy pronto subirá a un tren que lo adelantará y dejará de ser un desventurado. Sin duda su agresividad será inesperada, pero ahora cumplía con el rol de quieta sombra, que tomó el dinero del rescate después de verificar que no había policías o personas sospechosas.

El auto había acelerado diagonalmente la marcha y emprendió un camino hacia no pavimentados límites, y sin que hubiera en el medio un rácimo de gente alguien bajó, caminó unos metros y dejó caer el dinero.

Luego de recogerlo y alejarse del lugar, para Pancho Misa lo demás que había sido pactado se transformó en motivos ociosos. La insistencia del júbilo de Peña, ya no era explicable, aunque aún no hubiera comprendido el error de haber depuesto voluntariamente su libertad.

Misa estableció que Osvaldo Peña había servido su fin, y ya no le interesaban más sus móviles caprichosos. El resto será practicar lo restante como una formalidad, entendiendo bien que es el sueño y que cosa entra dentro de lo irracional. Podría ser que lo que hará fuera ruin, pero esas mismos hechos fueron iniciados por Osvaldo.

Al llegar a la casa rentada de Mataderos, Pancho Misa sacó un revólver del bolsillo de su saco, y le disparó a Osvaldo Peña en el margen superior izquierdo de su cara, con la única justificación que éste había intensificado sus preocupaciones (además le atribuyó algunos males que le produjo su fingido cautiverio). Así fue como en esos pocos segundos el joven Peña se convirtió en la víctima de su apócrifa historia.

Fin.